



Espacio Abierto

ISSN: 1315-0006

eabierto@cantv.net

Universidad del Zulia

Venezuela

Moreno, Alejandro
Violencia asesina en Venezuela
Espacio Abierto, vol. 20, núm. 1, enero-marzo, 2011, pp. 97-130
Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12218314005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Espacio Abierto Cuaderno Venezolano de Sociología

ISSN 1315-0006 / Depósito legal pp 199202ZU44

Vol. 20 No. 1 (enero-marzo, 2011): 97 - 130

Violencia asesina en Venezuela

*Alejandro Moreno**

Resumen

El autor, a partir de una experiencia continuada de treinta años conviviendo en sectores populares pobres de la ciudad de Caracas y de numerosos trabajos de investigación que ha realizado y publicado con el equipo del Centro de Investigaciones Populares que él ha fundado y dirige, ofrece un completo, aunque sintético, informe sobre la violencia asesina en la Venezuela de hoy. Después de un rápido repaso sobre lo más destacado de los aspectos cuantitativos del fenómeno, se dedica a profundizar en su dimensión cualitativa penetrando en las motivaciones más íntimas de los sujetos violentos. Descartando las fáciles interpretaciones causales y desarrollando fundadamente los verdaderos orígenes personales y sociales de esa violencia, pasa luego a ofrecer vías de posibles intervenciones correctivas y a presentar lo que están haciendo al respecto la Iglesia y diversas instituciones privadas que contrasta con la actuación negativa de un Estado que no se preocupa por la vida de sus ciudadanos.

Palabras clave: Violencia delincencial, delincuente popular, historia-de-vida, forma-de-vida, respeto, Venezuela.

Recibido: 16-08-10/ Aceptado: 10-12-10

* Centro de Investigaciones Populares. Caracas, Venezuela. E-mail: cip@cantv.net

Murderous Violence in Venezuela

Abstract

The author, based on a continuous thirty-year experience living in poor neighborhoods in Caracas, has published many research articles and books with the Popular Research Centre's team which he founded and directs; in this article, he offers a complete, although brief, report on murderous violence in Venezuela. After a quick review of the most outstanding quantitative aspects of the phenomenon, he studies the qualitative dimension in depth, penetrating into the most intimate motivations of the violent subjects. Discarding facile, causal interpretations and developing foundations for the true personal and social origins of that violence, the author offers routes to some possible corrective interventions. He also explains what has been done by the Church and several private institutions in contrast with the State's negative actions, which do not seem to be concerned with the lives of its citizens.

Key words: Delinquent violence, popular delinquent, life history, way of life, respect, Venezuela.

Presentación

Cuando en 1989 la Asociación Peruana de Estudios para la Paz invitó a la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas a formar parte de un conjunto de instituciones latinoamericanas para investigar la violencia en nuestros países (Ugalde, 1993: 7) muchos pensaron que ese tema pertenecía sobre todo a nuestro pasado lejano y reciente pero no a la realidad social del presente. De todos modos la UCAB se adhirió al proyecto. A los dos años de puesto en marcha el estudio ya habían cambiado dos cosas: "la realidad misma de la violencia en Venezuela y el interés, percepción y padecimiento que de la misma tiene la población (idem)".

Durante los últimos treinta años, las dos décadas finales del pasado siglo y la que ya llevamos de éste, la violencia delincuencia en Venezuela, y sobre todo la que más preocupa y atemoriza, la extrema, la letal, productora de muerte, ha ido creciendo y expandiéndose a un ritmo tan acelerado que ningún habitante de este país se siente hoy seguro de que no lo pueda alcanzar, a él o a sus allegados, en cualquier momento.

Los miembros de las nuevas generaciones, los venezolanos que tienen menos de cuarenta años, han tenido presente esa violencia durante todo el recorrido de su historia personal formando parte casi normal del paisaje social cotidiano y ocupando amplios espacios en todo el ámbito de la información e

introduciéndose en buena parte de las conversaciones familiares de todos los sectores de nuestra sociedad. Ellos no han conocido otro mundo y, por ende, dicha violencia puede parecerles compañera normal de la existencia. Como indica Luis Ferrer (2008) representante del Instituto de Investigaciones de Convivencia y Seguridad Ciudadana (Incosec) la violencia “está en un proceso de naturalización en la opinión pública” de manera que a los ciudadanos no les queda otra opción sino considerarla como parte normal de la vida con la que hay que aprender a convivir.

Para los que vivimos en barrio el sonido de los disparos de revólveres y pistolas, cuando no de armas más potentes, lejanos o cercanos, en nuestra calle o en el callejón adyacente, resonando en el eco del cerro o seco y cortante contra las paredes de nuestra propia casa, ya no sorprende y ni siquiera espanta. Forma parte de la música ambiente como el ladrido de un perro o el resonar de una motocicleta.

Si embargo, quienes tenemos ya cierta edad hemos conocido otros tiempos. En esto sí resulta verdad aquello de que “tiempo pasado fue mejor”.

Como nos lo dice la experiencia vivida y lo señalan quienes sobre ello escriben, es válido cuanto asienta Briceño León (2005: 110), director del Observatorio Venezolano de Violencia, la institución venezolana más prestigiosa en estudios sobre el tema: “en dos décadas la población no se duplicó, pero los homicidios se multiplicaron por diez. El número de homicidios ocurridos en el país, que a comienzos de los años ochenta oscilaba alrededor de los 1.300 muertos, superó veinte años después, los 13.000 asesinatos”. El mismo Briceño León (2009: 27) contabiliza 13.157 homicidios cometidos en Venezuela durante el año 2007 lo que supone 49 asesinatos por cada cien mil habitantes cuando la tasa mundial es de 8,8.

Puesto que, como afirmó el mismo autor en una conferencia dictada en la Universidad Central de Venezuela el 9 de diciembre de 2008, el gobierno venezolano dejó de dar información oficial sobre violencia desde el año 2004, las cifras pueden variar, aunque poco, de un informe a otro. De hecho los investigadores logran con bastante frecuencia conocer cifras “oficiales” por vías no oficiales y aplicarles algunas correcciones pues la manera de calcular que tienen los entes gubernamentales de seguridad deja en la sombra datos muy relevantes.

Sorteando todos esos obstáculos, los resultados preliminares del estudio que el mencionado Observatorio está culminando, para el año 2008 hablan de 14.600 asesinatos, lo que sube la tasa de homicidios a 52 (Reyes, 2009).

Una idea de lo que está sucediendo en el presente año, 2009, nos la pueden dar las cifras recogidas por la prensa en los seis fines de semana que preceden al momento en que se redacta este trabajo. Son números exclusivos de Caracas, una ciudad que, según cifras oficiales, tiene 3.205.463 habitantes.

Desde la noche del viernes 13 de febrero hasta la madrugada del lunes 16, teniendo en cuenta que el domingo 15 se celebró el referéndum sobre la enmienda constitucional que daba al presidente el derecho de presentarse indefinidamente como candidato a nuevas elecciones, y que, por ende, la ciudad estuvo, se supone, más vigilada que de ordinario, se produjeron 63 homicidios (Rodríguez, 2009a), 18 en la sola noche del viernes (Rodríguez, 2009b). En el fin de semana siguiente, prolongado por celebrarse el carnaval, los muertos fueron 57 (Murolo, 2009). El mes de febrero termina y el de marzo se inicia con 65 asesinados (Rodríguez, 2009c). En el segundo fin de semana de marzo (del 6 al 8) mueren 20 caraqueños bajo las armas de la delincuencia (La Voz 2009) y durante el siguiente (13 a 15), otros 37 (El Nacional, 17-3-2009). En los primeros tres meses del presente año habrían aumentado los homicidios en un 31% con respecto al mismo trimestre del año anterior (Rodríguez, 2009d).

Pasado y presente de la violencia en Venezuela

No es que en el pasado nuestra Venezuela haya sido un remanso absoluto de paz interpersonal. La violencia asesina existió siempre como ha existido en toda sociedad desde que el hombre es hombre. Conocíamos sí la violencia propia del medio rural, esa que sobreviene al calor de los tragos por explosiones de furor, por rencillas de honor entre machos ofendidos, por inveteradas hostilidades entre clanes y familias enfrentadas por el reparto de herencias, ocupaciones de tierras, movimiento de linderos o herrajes de ganado. Era la violencia caliente, pasional, orientada a una víctima bien conocida e identificada. La violencia urbana en cambio nos era poco conocida. Surgía muy de tarde en tarde como excepción en situaciones inesperadas y sorprendidas.

Cuando desde mediados del siglo veinte Venezuela se transformó demasiado rápidamente en un país completamente urbanizado, pasando de un ochenta por ciento de población rural a un ochenta por ciento de población urbana, el proceso se llevó a cabo sin grandes conflictos sociales o interpersonales.

En el nuevo escenario urbano la primera fue la violencia política, el asesinato de opositores durante la dictadura de Pérez Jiménez y luego el de funcionarios de gobierno, humildes policías incluidos, en tiempos de la guerrilla, una violencia dirigida e instrumental, como la ha llamado Ugalde (Ugalde, 1993: 7), esto es, utilizada como medio específico para conseguir fines bien definidos. Era una violencia que se explicaba por sí misma. No planteaba problemas de comprensión sino sólo de justificación.

En estas tres últimas décadas, en cambio, estamos asistiendo a una violencia asesina que no parece tener dirección ni instrumentalidad precisa de modo que, en palabras de Luis Pedro España (1993: 14) "no nace de grupos de interés o facciones políticas, económicas o culturales que decidan usar la vio-

lencia para defenderse o dominar a la comunidad. Por el contrario, se trata de acciones y reacciones desproporcionadas al contexto en que ocurren y carentes de objetivo específico o que trascienda más allá de alguna necesidad del agresor directo”, una violencia que, como dice el mismo autor, “se ha vuelto loca (Id. p.13)” porque “no conoce de normas o de racionalidad que permita dialogar con ella (Ib. p. 14)”.

Preguntas de fondo

Esta es, entonces, una violencia que ya no plantea problemas de justificación porque por definición es injustificada pero sí problemas de comprensión. No basta con decir que es loca. ¿Qué significa esa locura? ¿Es de veras totalmente irracional en sí misma o dispone de una racionalidad intrínseca, una lógica interna, que nos permite comprender su nacimiento, su curso y su desembocadura y pensar por tanto en márgenes, diques, desagües y rectificaciones? Pero además, ¿por qué lecho discurre este turbio río, por el de la sociedad entera, por el de sectores de la misma o por sujetos específicos, por uno y otros? ¿Nace de fuentes subterráneas ocultas y contaminantes o cae de súbito como una tormenta que se forma de su propio movimiento?

Las preguntas surgen de la angustia que nos conmueve ante la percepción de que ninguno estamos libres de peligro, de que pende sobre nosotros como una espada su amenaza y su inminencia, mientras vemos, por otra parte, el desconcierto, la impotencia o quizás la incapacidad, y lo que es peor, la incuria y el desinterés de las instituciones a quienes compete detenerla, controlarla y proteger a los ciudadanos inermes.

Vías de respuesta

Tres caminos principales ha tomado el curso de las respuestas que distintos estudiosos han emprendido: el de la identificación, el de la cantidad y el de las fuentes.

En el plano de la identificación el conocimiento ha tenido que viajar por una intrincada selva de variedades, diversificaciones, cualidades, grados, generalizaciones, particularidades y matices. La violencia se revela así diversa y múltiple, omnipresente, infiltrada en todos los intersticios de la cotidianidad de la vida humana e impregnando todas nuestras relaciones. La distinguimos por tanto en física, psicológica, verbal, no verbal, de género, adulta, contra la infancia, estructural, social, personal, grave, ligera, intermedia, soportable, insoportable, justificada, injustificada, defensiva, ofensiva, de lesiones, mortal, homicida, asesina y muchos etcéteras. Pero, ¿cuál es la que realmente nos angustia más, la que pone en peligro nuestras vidas y nuestra tranquilidad, aquella

de la que tenemos con absoluta necesidad que defendernos, la radicalmente intolerable porque su tolerancia es mortal?

Es cierto que ninguno de los múltiples tipos de violencia es en realidad ética y humanamente tolerable pero con muchos de ellos la humanidad ha convivido desde siempre algunos de los cuales ciertas sociedades han logrado eliminar por lo menos temporalmente o mantener dentro de ciertos límites.

En momentos como estos por los que la sociedad venezolana está hoy atravesando, es inevitable establecer prioridades. Sin descuidar ninguno de los tipos de violencia ni ceder ante ellos, y mientras se da batalla en todos los frentes, la violencia delincuencial asesina, la que borra de la vida a tantos venezolanos cada día y la que nos amenaza a todos, exige que sobre ella dirijamos el foco de nuestra atención y nuestro estudio.

Ella, en el ámbito popular de nuestros días, ha sido por eso el objeto de un estudio detenido en el Centro de Investigaciones Populares y tema de una amplia publicación y difusión (Moreno et al., 2007).

Esa violencia a través de la mencionada investigación será el asunto central de este trabajo.

Dentro de la clasificación de las distintas violencias que hace la OMS (2002) los investigadores hemos centrado nuestro esfuerzo sobre la que hemos definido como **violencia no fortuita, intencionada por tanto, física, hasta el extremo de producir muerte, y no justificada, esto es no en defensa propia, por ejemplo, y por ende delictiva.**

La hemos denominado **violencia delincuencial**, términos que también han usado otros autores (Pérez Perdomo et al., 1999; Romero Salazar, 2002).

La violencia delincuencial en Venezuela ha sido objeto de numerosas investigaciones e intercambios de ideas entre los científicos sociales, los políticos, los religiosos y la población en general justamente preocupada por su aumento, difusión y peligrosidad. El tema de estudios y reflexiones ha girado sobre todo en torno a los aspectos cuantitativos y estadísticos del fenómeno (Briceño-León et al., 1997; Briceño-León y Pérez Perdomo, 2000) y a las explicaciones de tipo psicológico (Vethencourt, 1962; Pedrazzini y Sánchez, 1990, 1992) sociológico (Briceño-León, 1997, 2000; Cisneros y Zubillaga, 1997), antropológico (Ferrándiz, 2005) criminalístico (Del Olmo, 1997; Santos Alvis, 1997; Ponce, 1994) y también multidisciplinario (Briceño-León, 2001) a partir de teorías ampliamente consideradas válidas pero generalmente elaboradas en otras latitudes y no sobre las bases de estudios en torno al **modo de ser y de vivir** específicamente venezolanos.

Los estudios cuantitativos han sido muy numerosos. Si las informaciones oficiales no son muy confiables, como ya he señalado, las deficiencias las suplen con bastante eficacia no sólo la prensa sino, sobre todo, instituciones uni-

versitarias y otros organismos que trabajan al margen de la oficialidad, como el Laboratorio de Ciencias Sociales de la UCV y el Observatorio al que ya me he referido. En sus numerosas publicaciones (2007, 2009) podemos encontrar abundante información sobre la evolución numérica del delito asesino en Venezuela durante la segunda mitad del siglo XX y especialmente de su incidencia entre nosotros en estos últimos tiempos, sobre las formas que asume, la edad de víctimas y victimarios, su pertenencia social y todo lo que tiene que ver con estadísticas del más diverso tipo.

Cuando de bucear en las causas de esta violencia, en sus fuentes –y digo esta, porque es esta violencia la que nos importa en nuestra situación explicar y comprender– la atención del estudioso fácilmente se va a explorar por los amplios campos de la violencia en cuanto tal y por los de las grandes causas generales que pueden identificarse como productoras de agresión fatal. Se nos habla, así, de toda nuestra historia, desde la conquista española, como una historia de violencia, se pasa luego a poner en evidencia la violencia estructural de la sociedad humana en sus distintas realizaciones históricas, y de la propia de las situaciones de exclusión, opresión, pobreza e injusticia dominantes en América Latina y en nuestro país, de la desigual distribución de la riqueza, de la vida en los barrios carentes de los más necesarios servicios y de las familias supuestamente infuncionales dominantes en nuestros sectores populares, de los medios de comunicación social promotores de imágenes y relatos en los que la sangre y la muerte reinan sin control, del alcohol y las drogas y podemos seguir. La lista de causas y condiciones que se conectarían con la violencia delincuencial de nuestros días puede ser casi interminable.

Es cierto que nuestra violencia ha de considerarse multicausada y por ende ninguna de las causas aducidas la explica por sí sola, pero ¿la explican todas juntas? Y si la explicaran, ¿podríamos hacer algo eficaz contra un conjunto tan abigarrado y numeroso de ellas?

Ante todo, y esto hay siempre que recalcarlo porque parece olvidarse con frecuencia, para ningún fenómeno, acontecimiento o proceso social puede hablarse de causas, ni una ni muchas, en sentido estricto. Hay que hablar más bien de circunstancias, condiciones, tendencias, posibilidades o probabilidades múltiples, diversas, coincidentes, interrelacionadas y a lo sumo regidas, no determinadas, por una motivación, una integración de experiencias compartidas, un factor social o un conjunto de ellos excepcionalmente activo, capaz de marcar una orientación predominante al fenómeno en cuestión.

Es un hecho que a la llamada violencia estructural de la sociedad concreta, llámese capitalista y explotadora o tenga cualquier otra especificación, están sometidas todas las personas de esa sociedad pero sólo una mínima parte de ellas sale a matar gente. Es la conducta de este pequeño porcentaje la que

hay que explicar. La violencia de las estructuras sociales, para el caso que nos ocupa, explica demasiado y por tanto no explica nada.

Lo mismo puede decirse de la situación general de los sectores populares y las condiciones de pobreza y exclusión en las que se considera que viven. Ellas afectan a todos los venezolanos de esos sectores, pero sólo una mínima parte de sus componentes se dedica al delito violento extremo. La pobreza y la exclusión, lo mismo que otras condiciones de la vida popular, no lo explican. No explican qué sucede para que Héctor Blanco, uno de los sujetos de nuestra investigación, pueda decir: "cuando tenía quince años, ya tenía seis homicidios" (Moreno et al., 2007: 314), o en otro momento: "a partir de los catorce años me empecé a meté en problemas, empecé a dale tiros a la gente" (Idem, 3009) y, en cambio, Ismael, caso contrastante de nuestro estudio (Ibidem, 798-825) abandonado y sin familia desde los tres años, no sólo nunca haya matado a nadie sino que hoy sea un dedicado educador de "niños de la calle".

La sociedad en la que ambos han vivido ha sido la misma sociedad opresora, corrupta, explotadora y violenta estructuralmente y las circunstancias de exclusión y marginalidad han sido para Javier aun peores que para Héctor.

Es aquí donde la psicología social, unida a la antropología cultural urbana, a la sociología, a la reflexión filosófica situada en lo concreto y a la comprensión hermenéutica de la realidad vivida, puede ayudarnos a explicar y sobre todo comprender.

Aproximaciones metodológicas

La gran mayoría de los esfuerzos por elaborar un conocimiento sobre la violencia fatal de la que estoy tratando, entre nosotros, han sido hechos desde el estudio de sus manifestaciones, desde las estructuras de la sociedad y sus características, desde la descripción de los desarrollos, procesos e incidencias de esa violencia en cuanto fenómeno social y sobre ello se ha acumulado abundante información.

A quienes vivimos desde largos años en contacto con muchos de los actores de esa violencia, que hemos no sólo presenciado sino vivido su evolución en los ambientes populares que habitamos y que por otra parte hemos dedicado tiempo y estudio a la comprensión del mundo-de-vida popular venezolano, se nos han planteado, además, otras preguntas, otras preocupaciones y otros enfoques.

Se conoce la violencia desde fuera de sus actores, pero ¿cómo es ella desde dentro de los propios sujetos violentos? Si viviendo en las mismas circunstancias la gran mayoría de la gente no cae en el delito asesino, ¿qué personas caen en él? ¿Cómo son? ¿Cómo se relacionan? ¿Cuáles son sus profundos deseos? ¿Cuál es su proyecto vital?

Ahora bien ¿dónde buscar este mundo interno si no en toda por lo menos en el máximo posible de su complejidad?

Y en segundo lugar, una vez encontrado ese dónde ¿cómo abordarlo de manera que podamos llegar no sólo a una descripción sino a una comprensión de la dinámica interna, de la lógica, si existe alguna, que rige su desenvolverse y su estar en el mundo?

En el fondo el objeto de nuestra preocupación ha sido la vida de los sujetos violentos en toda su integridad. Ahora bien, esa vida está en ellos y no sólo en el plano individual sino también en el plano del grupo o del tipo de “los violentos asesinos” y en el del mundo-de-vida popular al que perteneces pues son los violentos de origen popular los que por ahora nos han interesado.

Si, como dice Franco Ferrarotti (1981), cada persona es la síntesis de lo social en lo individual, de lo general en lo particular, si además en cada sujeto están no sólo la sociedad a la que pertenece sino todos los grupos por los que ha pasado en su vida y en los que ésta discurre, y si por tanto en una persona se puede conocer toda una sociedad, ese donde que hemos buscado es la vida de cada uno de los actores. Esa vida, por otra parte, está entera y en plenitud en su historia. En la historia-de-vida de cualquiera de los violentos asesinos podemos hallar esa violencia desde dentro y en su concretez vital.

Hemos seleccionado, así, quince historias-de-vida de asesinos de origen popular de distintos lugares de Venezuela y de distintas edades, con predominio de los jóvenes, todos varones dado que el 98% de los delincuentes asesinos son de sexo masculino y el 70% están entre los 16 y los 30 años (Briceño León et al., 2009: 116-122). El número de historias obedece al deseo de encontrar variedades y contrastar diversidades.

Las historias-de-vida son, pues, el dónde hemos buscado la violencia asesina desde su hacerse hasta su presencia en el momento en que la historia es narrada por su actor a quien llamamos historiador y no entrevistado o informador ante un cohistoriador que no entrevistador o investigador.

Cuando luego del procedimiento de análisis, estudio y trabajo de comprensión, o de la metódica de estudio, se ha tratado, hemos considerado que comprender es hacer hermenéutica pero no de un texto solamente sino de las prácticas de una vida. Así como al hacer hermenéutica de un texto nos preguntamos no tanto por lo explícito de las expresiones sino por aquello que no estando abiertamente en él, sin ello o fuera de ello el texto no existiría o no sería el que es sino otro, y así accedemos a los significados implícitos y aún no conscientes de la cultura y del mundo simbólico en el que texto tiene su positividad (Moreno, 1998: 11-30), del mismo modo nos preguntamos por los significados grupales –constitutivos del grupo “delincuentes violentos”– que dan consistencia a las prácticas de vida que en las historias vienen a ocupar el espacio de las

expresiones de los textos escritos u orales y sin los cuales esas prácticas no se hubieran producido o hubieran tenido otro tipo de existencia.

De este modo aplicamos la hermenéutica a la investigación social.

Perfil del delincuente violento popular venezolano

Por estos caminos hemos llegado a poder elaborar una caracterización, o un perfil, del delincuente violento de origen popular en la Venezuela de hoy, desde su estructura y su proceso interior de estructuración, a partir de lo cual poder pensar en maneras y procedimientos de acción, en proyectos factibles de prevención y de corrección.

Voy a seleccionar, aquellos aspectos de dicho perfil que a los investigadores nos han parecido más significativos sobre todo porque marcan los centros de significado y sentido que dan unidad a la vida y conducta de los actores de esta violencia.

Lo primero es lo que en el proceso de estudio ha sido el final de todo nuestro trabajo, el concepto, el constructo resultante del largo estudio y que, una vez elaborado, se nos ha presentado como el núcleo integrador del fenómeno violencia delincuencia en cada uno de quienes la ejercen.

Las vidas de los delincuentes violentos, si las abordáramos desde la vida social que vive la gran mayoría de las personas, desde las normas de convivencia compartidas y que garantizan una existencia humana mínimamente segura y confortable, nos parecerían absolutamente irracionales.

Si en cambio, como nos hemos esforzado por hacer, las vemos desde dentro de ellas mismas, si penetramos en el interior de la manera de ubicarse dichos sujetos como vivientes y nos detenemos a considerar las reglas de producción de su vivir cotidiano así como el sistema de significados que subyace al discurrir de su vida en la cotidianidad, hallamos un principio de organización en unidad de sentido de sus múltiples acciones, experiencias y conductas que dota al todo de una racionalidad interior, de una lógica intrínseca y conforma una manera específica de ejercer la vida.

Para dar nombre y contenido conceptual a esta integración en unidad hemos elaborado el constructo forma-de-vida.

La expresión "forma de vida" existe y se usa mucho y en muy variados sentidos. Por eso mismo hemos tenido que reelaborarla pues hemos llegado a ella no desde el puro lenguaje, desde una teoría ni desde la previa idea sino directamente desde las historias-de-vida de nuestros sujetos, desde sus prácticas y sus orientaciones vitales. La forma-de-vida violencia delincuencia es, pues, la estructura que forma e in-forma toda la existencia del violento la cual constituye, por ende, una totalidad práxica, vivencial, conceptual, incluso se-

mántica, en cuanto es una manera de dar significado al mundo que él vive, un modo de existencia, un estilo de vida, un sistema concreto de condiciones de vida en su momento actual y en su posibilidad futura de ser, una forma de interactuar con la sociedad, una manera de hacer, el discurrir de su proceso en el tiempo, esto es, una historia.

Esta forma-de-vida se halla ubicada, antropológicamente, en el mundo-de-vida popular venezolano. De él hemos seleccionado los sujetos para nuestro trabajo pues la finalidad del mismo era precisamente comprender al delincuente violento popular venezolano desde sus propias claves de interpretación.

El mundo-de-vida popular venezolano está constituido, como ya lo hemos tratado repetidamente (Moreno, 1997, 1998a, 1998b, 2002, 2008), por un sistema de significados sostenido sobre unas prácticas comunes a todos los convivientes del mismo, fundadas a su vez sobre una práctica primera de la que todas las demás reciben el sentido y que actúa como centro dinámico de organización que conforma como mundo total la vida de las comunidades populares venezolanas. Esta práctica primera conformadora del mundo-de-vida, es la relación convivial de tono matricentrado afectivo.

Los significados que constituyen a la violencia delincencial en forma-de-vida dentro del mundo-de-vida popular se caracterizan por ser maneras desviadas, transgresoras, distorsionantes, fuera de la norma, extralimitadas, pero no negadoras de vivir los significados populares. En este sentido, estando en el mundo-de-vida popular, siendo poseídos por sus códigos, estos sujetos los distorsionan en su práctica, a la manera como un loco distorsiona su cultura pero no puede sino ser loco según su cultura.

Lo anormal está sobre todo en la distorsión y la extralimitación de los rasgos culturales del mundo-de-vida. Así, en la forma-de-vida violencia delincencial, la relación convivial como significado central del mundo-de-vida popular, es distorsionada en cuanto la convivialidad se práctica sólo como instrumento utilitarista de manipulación para el logro de los fines egocéntricos y no para la convivencia positiva. Del mismo modo, la característica facilidad con que el venezolano popular cambia de compromisos, conceptualizada tradicionalmente como irresponsabilidad, llevada al extremo, fuera de los límites que la tradición y la convivialidad le imponen, se convierte en absoluta negación de todo compromiso o absoluta irresponsabilidad.

Esto quiere decir que nuestros delincuentes populares practican una forma-de-vida violenta delincencial muy distinta en su estructura de la forma-de-vida violenta delincencial de un delincuente perteneciente a otros mundos-de-vida.

Lo hemos visto en la historia de todos ellos. Así, para poner un ejemplo, la forma de agruparse en bandas de delincuentes, no sigue la conformación de grupos de tareas regidos por una estructuración funcional de los cometidos y

una estricta jerarquía en la distribución del poder, como es característico de las bandas clásicas según la literatura convencional sobre el tema, sino la reproducción de tramas relacionales regidas por la vinculación afectiva propias de la vida cotidiana popular en las cuales el afecto funciona como solidaridad en la complicidad para el delito. De esta manera las bandas venezolanas serán mucho menos estables que las bandas clásicas, más sometidas a los conflictos y a la violencia interna y regidas por acuerdos temporales, circunstanciales, más que por proyectos racionalmente planificados, sostenidos en el tiempo y coherentemente ejecutados.

Muy distinta será, por tanto, la manera en que la sociedad y el Estado, tendrán que vérselas con una banda tipo "venezolano" de aquella con que otras sociedades y otros estados se las ven con las de su propio tipo.

El constructo forma-de-vida violencia delincencial, nos ha permitido, además de sintetizar orgánicamente la multiplicidad del fenómeno, distinguir entre aquellos violentos que encajan perfectamente en él y que por lo mismo están constituidos como personas por esta forma-de-vida, de aquellos que han desarrollado una historia que circula un tanto o mucho, al margen de ella.

A los primeros los hemos llamado delincuentes violentos estructurales y a los segundos delincuentes violentos circunstanciales o accidentales.

Las diferencias entre unos y otros son muy importantes siendo la principal que los estructurales nunca salen de esa forma-de-vida en la que persisten hasta su muerte generalmente violenta y temprana (Mendoza, 2008), mientras los segundos se recuperan como personas y se integran antes o después, sin necesidad de intervención especializada muchas veces, a la normalidad social.

Afirmación del yo en busca de respeto

"Yo no quería que me estuvieran sometiendo" (Moreno et al., 2007: 311). Con esta frase Héctor explica y justifica su conducta de delincuente extremadamente violento y su decisión de empezar a "darle tiros la gente. ¡Paj, paj!", según sus propias palabras. El análisis interpretativo de su historia-de-vida nos muestra que esta decisión de **no aceptar nada que pueda entender como sometimiento**, rige como línea maestra, toda su conducta desde los primeros años hasta el presente.

Héctor es la realización llevada hasta el máximo de este significado central en todas las historias de nuestros sujetos: **afirmar su yo sobre y contra todos los límites** que se le puedan presentar. Cada uno a su manera y según su personalidad e historia.

El límite son, sobre todo, los demás.

Frank, por su parte, lo explicita igualmente con estas palabras: "lo quería matar, pues, porque la mente mía era esa, porque no me dejaba por nadie" (Id. 547).

¿Qué entienden ellos por sometimiento? Todo lo que signifique algún tipo de control sea éste familiar, comunitario, social, legal, racional o afectivo. Ante cualquier intento de control, se yergue, como defensa, el ataque brutal, extremo, encaminado a la destrucción de eso que se percibe como limitante de la expansión del yo. La justificación última e indiscutible de toda conducta violenta está referida al dominio del yo personal, a la voluntad de poder sobre cualquier obstáculo, cualquier dificultad, cualquier adversidad. No hay nunca referencia a la familia, a sus necesidades, a su pobreza, a sus intereses ni a ningún grupo de cómplices o amigos. En todo caso, familia y grupo serán instrumentos para la afirmación del yo personal.

Se trata de **exaltar el yo en la comunidad y en la sociedad sin limitaciones** lo que implica obtener el "**respeto**" por el temor y el sometimiento **ineludible de los demás**, el reconocimiento de su superioridad e importancia obtenido por cualquier medio.

El Respeto

Héctor lo expone muy bien: "to empezó porque también me sometían y... llegó un momento en que me ostiné... yo veía a los malandros que los respetaban, a todos los respetaban, y a mí esos chamitos me querían estar sometiendo y me cansé... me compré una pistola... a partir de ahí, me dieron una cachetá y le di cuatro tiros al chamo, a raíz de eso, empecé a cometer bastantes homicidios ... cuando tenía quince años, ya tenía seis homicidios" (Ib. 311-312).

El respeto no es una condición o una actitud del violento hacia los demás sino al contrario, la actitud que él está en condiciones de imponer a los otros para con él por temor y sometimiento ineludible con lo que reconocen su superioridad e importancia indiscutidas. El respeto se obtiene por la imposición y exhibición de poder. Así, en un segundo momento, respeto y poder se integran en una unidad.

"Tenía el poder", dice Alfredo (Ib. 47). Tener poder es **estar arriba, por encima de todos**. Ellos dominan y en esto consiste su tener poder, pero al mismo tiempo están dominados por él pues no pueden sino buscarlo, procurarlo y mantenerlo ejerciéndolo.

El poder tiene consecuencias: que la persona se destaca, que es reconocida, que es importante, pero sobre todo, que no tiene nadie por encima de sí.

No hay, en sus vidas, un discurso sobre el poder, apenas algunas expresiones, pero sí la práctica permanente. No ejercer el poder como práctica es estar en peligro de muerte, especialmente en la cárcel.

El poder no se sostiene sobre una finalidad o un propósito, aunque tenga como consecuencia la obtención de objetivos y logros, sino por él mismo, por la **afirmación y expansión del yo en la que consiste**. En este sentido, **poder y arbitrio se identifican**. Cuando se tiene poder, se "está bien". El grupo de Alfredo tiene poder en la cárcel y, por ende, ellos están bien. No se identifica necesariamente con la violencia aunque consiste también en la capacidad práctica de ejercerla, sino con las condiciones de posibilidad de "estar bien", de vivir mejor, por el momento –nunca hay preocupación por el futuro–, de tener acceso a bienes a los cuales no se tiene acceso sin él. Bienes materiales pero también bienes de otro tipo: moverse con seguridad, que no se metan con él, que lo respeten, que lo admiren y reconozcan.

Es un poder de relación, **relación instrumental** en la que los otros son instrumentalizados, **una manera distorsionada de la vivencia y la práctica de la convivialidad relacional** popular venezolana.

En todo esto consiste el respeto que viene ser el objetivo próximo y central de su orientación en la vida de violencia delincuencia.

Es interesante señalar que por distintos caminos y de manera independiente Verónica Zubillaga (2001) coincide sustancialmente con nosotros en identificar la demanda y búsqueda de respeto en los jóvenes violentos, que son su población en estudio, como esencial en la construcción de la identidad de ese tipo de adolescente.

"En el plano del significado, el respeto constituye un valor ideal que orienta la acción de estos jóvenes. En el plano de su traducción en las interacciones el respeto constituye un clamor personal de reconocimiento y de ascendencia que se supone adherido a la persona, concretamente a la identidad masculina" (Idem, 582-583).

Pero se trata de una demanda de reconocimiento y ascendencia que se impone: "Los jóvenes exigen respeto pero no lo conceden. El respeto deja de representar la capacidad intersubjetiva de reconocimiento para constituir demanda pura de un sujeto que se impone (Ibidem).

Todo esto está relacionado con una constante en todos ellos desde la infancia: la **rebelión a la autoridad** practicada de muchas maneras, unas muy abiertas contra la autoridad familiar y escolar, otras más encubiertas aprovechando toda posibilidad de eludirla.

Si en la infancia es una forma conflictiva de relacionarse con ella, en la adolescencia ya es claramente el rechazo y el ubicarse completamente al margen, proceso que se completa en la adultez con la inmersión plena en la violencia delincuencia. Sin embargo, la autoridad estará siempre presente en sus vidas como instancia exclusivamente represiva tanto fuera como dentro de la cárcel.

La experiencia primera de la que provienen es una en que **la autoridad propiamente dicha** –capacidad de guía firme y afectuosa al mismo tiempo– **ha sido sustituida por el poder y el poder en cuanto arbitrariedad real** –capricho materno o paterno o de ambos; exigencia impositiva por reacción emocional y no por cálculo racional– o percibida así por ellos en los primeros años. José no se queja del trato que le da su tío pero “vivía esclavizado” (Moreno et al., 2007:176).

Pasan luego a un mundo, el de la calle y el del grupo de delincuentes, **en el que no hay autoridad sino puro poder**. El poder ahí, **como ejercicio de la imposición de voluntad**, se va convirtiendo en deseo primero y acceso a la práctica después, esto es, en ejercicio abusivo y violento que da capacidad para superar todo control y límite –**el control y el límite son los otros**– y que produce, como consecuencia, en ellos, la capacidad concreta de sobrevivir sobre la base de la dominación y destrucción, del pillaje, la rapiña, el asesinato, etc.

En su vida posterior la autoridad desaparece. No respetarán nunca más a nadie. Tendrán que someterse al poder cuando no tengan más remedio. Ni los agentes de policía, ni los jueces, ni los guardias de ningún tipo, ni la familia, ni los mismos delincuentes más fuertes, serán nunca autoridad sino sólo instancias de poder a las que se tienen que someter.

En los más jóvenes esto se exagera hasta el paroxismo. Héctor no sólo se rebela expresa y violentamente sino que la rebeldía viene ser parte estructural de su manera de estar en el mundo.

La vía

La forma-de-vida violencia delincencial para los violentos que hemos definido como estructurales, se convierte y es percibida subjetivamente por ellos como un destino del cual ya no se pueden librar y de hecho funciona como tal.

Esta percepción ellos la expresan con un término lleno de significado: la vía.

En el ámbito de absoluta arbitrariedad egocentrada en el que discurre su vida, el violento, en aparente paradoja, se siente juguete del destino, esto es, de una fuerza anónima y externa que lo domina y que rige su existencia. Esto le sirve al mismo tiempo de excusa y alibi para sus crímenes. El destino los libra de toda responsabilidad no tanto ante sí mismos, pues en ellos el crimen acaba por no producir ningún sentimiento de culpa siendo más bien una hazaña de la que sienten orgullosos, sino ante los demás.

Lo que se nos presenta como total libertad, como absoluta gana ejercida, en cuanto realización de la más espontánea arbitrariedad, sin control ni límites impuestos, paradójicamente conforma una línea de acción en la vida, muy rígida en sí misma, de la que el sujeto siente que no se puede salir, a la que se

percibe indisolublemente ligado. La extrema libertad como inevitable esclavitud. En esto consiste la vía.

Así, vía y destino se identifican. La vía, en efecto, es fatal o, más bien, en ella hay fatalidad. No es lo que uno hace sino lo que le sucede. Una vez en la vía, la vida ya no depende de su actor, depende de la vía misma. De la vía no se sale nunca si uno se ha entregado a ella. Todos los delincuentes de nuestro estudio en algún momento de su vida, tanto en la infancia como luego, han tenido la oportunidad de corregir su rumbo y salirse de la "vía", pero no la han aprovechado.

¿Cómo se origina esta forma-de-vida?

Su origen no está en la pobreza ni en el hambre ni en las condiciones de marginalidad social.

Muchos de los contenidos y significados de las historias-de-vida de venezolanos populares, así como la experiencia de convivencia en ambientes de barrio, nos hablan de una historia de hambre, de larga data, en Venezuela.

Sin embargo, no tenemos historias, como en la Europa medieval, de masas famélicas recorriendo el país y arrasando con todo lo que encuentran a su paso. No tenemos noticias de que el hambre y la pobreza hayan sido fuente de robos generalizados, de insurgencias populares. Estas las hemos tenido pero por otros motivos y no de origen estrictamente popular. Tenemos historias de saqueos, pero tampoco pueden atribuirse al hambre o a la pura pobreza. En esos hechos han sido determinantes otros factores.

Sin embargo, la violencia delincencial de nuestros días, fácilmente es atribuida por la opinión pública a las situaciones de pobreza. En esto no coinciden hoy todos los investigadores muchos de los cuales no consideran a la pobreza como el factor determinante. Luis Pedro España (2005) indicaba en una conferencia en la Universidad de Carabobo: "Apuntaré algunas cosas acerca de cuál es la relación entre pobreza y los problemas delincuenciales, desviación social y criminalidad y les adelanto de una buena vez que probablemente sea para desmitificar en algo esa relación, que a veces el conocimiento común asocia mecánicamente". El ambiente de pobreza en el que se vive desde el nacimiento ofrece, sin embargo, el caldo de cultivo para que quienes por otros factores, como los que aquí se nos desvelan, ya están en disposición personal y social –grupala, comunitaria– de emprender una vida de violencia delincencial, se encaminen por ella. La pobreza de origen cierra la posibilidad de acceder por medios lícitos a la adquisición de unos bienes suntuarios, no de primera necesidad, que además de ofrecer el disfrute de determinados placeres, son signos de status y éxito en la afirmación del yo promovidos como tales tanto por la publicidad insistente como por el efecto demostración. "Ya la vaina era robá y vestise bien; tené mujeres. Y sé el papa como queriendo... tenelas to-

das". Lo dice Alfredo (Moreno et al., 2007:40). A quien está impulsado a obtenerlos como motivación dominante en su orientación conductual, no le queda sino la vía del delito. Esto se deduce claramente de nuestro estudio con lo que se confirma lo ya sostenido por Briceño León y otros (2001).

En nuestro estudio, sólo en un caso, el de Juan Antonio, la pobreza, eso sí extrema, casi absoluta, aparece, junto con otros, como factor determinante en su inducción desde niño a la delincuencia.

En el resto de nuestros sujetos, nunca el hambre o la búsqueda de satisfacer necesidades básicas, están en la base de su historia de delito y violencia. Lo señalamos en el análisis de cada una de las historias-de-vida.

El factor determinante

Otros son los factores. Uno, poco enfatizado y sospechado, es **el tormento, los sufrimientos padecidos en las primeras etapas de la vida**, esto es, **la violencia recibida** que se transforma luego en **violencia administrada** hacia los demás.

La violencia padecida no es necesariamente en forma de crueldad y maltrato físico o de golpes fuertes y abundantes. Sólo Juan Antonio es una excepción, terrible, en esto. La violencia que desde niños padecen nuestros sujetos toma la forma del abandono con múltiples variaciones: ausencia de padre o madre o ambos, descuido, desatención, rechazo. Alfredo dice: "me fueron como negreando" (Moreno et al., 2007: 40).

Con excepción de uno de ellos, el ya citado Juan Antonio, en cuya infancia la violencia intrafamiliar ha sido verdaderamente brutal e inhumana, no encontramos en nuestro estudio familias en cuyo seno se haya ejercido una violencia mayor que en cualquiera de las familias comunes de los sectores populares. Sí hemos encontrado, en cambio, familias delincuentes, familias abandonantes, familias descuidadas, familias de vínculos internos débiles, familias con poca solidez afectiva. Es el abandono, el abandono no suplido por nadie, especialmente el de la madre, cuando ésta falla en la función culturalmente establecida, en el afecto, en la atención, en su significatividad vital para la vivencia del hijo, el factor más influyente, una de las claves principales para comprender la formación de la personalidad del delincuente violento.

La constante en las vidas de nuestros sujetos es que **sus historias pueden definirse como historias de ausencias**, de ciertas ausencias que son claves: ausencia de familia sólida, de madre significativa, de afecto positivo, de relaciones vinculantes, de atención, de presencias significativas. Esto conforma un trasfondo de dolor inscrito en la raíces de la persona, dolor que pocas veces y sólo fugaz y superficialmente pasa a la conciencia, un trasfondo de violencia padecida, que sustenta su disposición a la violencia actuada.

De aquí proviene, por tanto, la necesidad exacerbada de reconocimiento extremo que se expresa en la necesidad de respeto, ya descrito, poder y presencia dominante.

Por esto es característico en ellos el impulso irresistible de lograr **la satisfacción del deseo de poseer lo que los "papas", los "burgueses", los "ricos", poseen** y, sobre todo, de lo que disfrutan, en cuanto poseerlo y disfrutarlo es adquirir relevancia, reconocimiento, importancia, protagonismo, afirmación y expansión del yo. José lo dice para explicar su salida de la familia hacia el mundo del delito: "pero, como yo era inquieto, me ha gustao siempre, **me ha gustao lo bueno**, llegué, me fastidié de eso (el trabajo), y..." (Moreno et al., 2007: 179).

Todos ellos, con la excepción señalada, lo primero que dicen es que querían "vestir bien". No es que estén desnudos como pordioseros y no tengan con qué vestirse, es que **desean ostentar y disfrutar el lujo**.

El vestirse bien es un anhelo presente en todos los varones jóvenes, y los no tan jóvenes, de nuestros sectores populares. En el delincuente, esto se extralimita. Vestirse bien no es solamente andar limpio, acomodado, sino, además, andar vistoso y hasta lujoso. Vestirse bien no es andar elegante, en el sentido estético del término, sino llevar vestidos caros y de calidad reconocida por su marca. Quizás se trate de otra estética, una más centrada en la apariencia que en la armonía de las formas. Vestirse abigarrado más que elegante.

¿Qué objetivo persigue la obsesión por la ropa de marca y vistosa? Los psicólogos sociales dirían que con eso se busca afiliación, esto es, ser aceptado y acogido. En el venezolano normal, el objetivo es caer bien, gustar a los demás, ser apreciado, destacarse de la gente cualquiera, producir atracción sexual, ser recibido en todas partes, esto es, la afiliación si es entendida como relación interpersonal gozosa.

En el delincuente todo eso se exaspera y se transforma en exhibirse con una importancia superior a toda competencia, en un mostrar un éxito en la vida superior a cualquier otro. Lo que ordinariamente puede ser un instrumento de aceptación social, para él viene a ser un medio de dominación, de imposición, de obligado sometimiento, de poder lo más subyugante posible. Esto en relación con los otros delincuentes a los que intenta mantener fuera de competencia. Ante la sociedad en general es, además, una imposición de su presencia exitosa. Ella no lo acepta pero tiene que reconocer que él es capaz de triunfar dentro de sus mismos parámetros de éxito, aunque sea por otros medios.

La violencia delincencial en el tiempo

Las historias-de-vida de nuestros sujetos nos delinean una sucesión de las distintas maneras en que la forma-de-vida de violencia delincencial se ha ido presentando a través de los últimos cincuenta o sesenta años.

En los barrios se suele hablar del "malandro viejo" como distinto del "malandro nuevo". Esto corresponde, según nuestras historias-de-vida, a la experiencia de las comunidades populares en su bregar con los "malandros".

En nuestro estudio, podemos distinguir tres momentos en la evolución de la violencia delincencial de cada uno de los cuales tenemos representantes:

- forma antigua; personificada en José
- forma media; personificada en Alfredo
- forma nueva o actual; personificada en Héctor.

Entre la "forma antigua" y la "forma nueva" las diferencias son muy claras y se pueden identificar. En la "forma media" los límites son más difusos: quedan restos de la antigua y signos de la nueva que se mezclan.

Veamos esto concretado en algunos aspectos:

En la "forma antigua" el asesinato no es presentado como una hazaña, una acción valiosa y propia de quien es valiente o frío o despiadado y que con eso se afirma. El significado verdadero, el que aparece al análisis de la narración y de la postura a lo largo de toda la historia, es en realidad ése, pero no se presenta en el discurso narrativo como tal, como una gloria del actor. **Se lo narra como una "necesidad"** producida por las circunstancias, como algo inevitable si el ejecutor quería salvarse de lo peor, como la necesaria eliminación de un serio peligro. **El énfasis hazañoso está no en el asesinato mismo sino en la "manera" de ejecutarlo**, esto es, en la habilidad con la que se hace, en la inteligencia con la que se planifica, en la astucia con la que se es capaz de descubrir los puntos débiles del otro, en la firmeza de la decisión en el momento preciso, etc.

En la "forma media" no es ciertamente un acto glorioso pero tampoco es encubierto como producto de lo inevitable. **Se confiesa sin ningún pudor la voluntad de hacerlo y se narra con indiferencia, sin lamentarlo ni sentirse culpable.** Ante el asesinato se descubre una actitud más bien de ligereza e indiferencia.

En la "forma nueva", **el asesinato es una hazaña gloriosa por el asesinato mismo.** El énfasis está en la capacidad de asesinar y asesinar mucho. El número de asesinatos con relación al tiempo es muy importante. Cuantos más muertos tenga encima y más joven sea el sujeto, más digno de admiración y más valioso es. Eso equipara a los más jóvenes con los más "cartelúos" e, incluso, puede ponerlos por encima. **Para los "nuevos" el asesinato es un logro y de él se glorían.** La violencia asesina es en éstos descarada, totalmente fría, inmotivada o con motivaciones absolutamente banales, casi mecánica, producto de un dispositivo que actúa automáticamente.

En Héctor, la **muerte del otro es una decisión simple. No necesita explicación, justificación, razones; se ejecuta y ya está.** Es ejercicio puro de poder sobre la vida y la muerte. Mata "gente", como dice, por matar gente.

En la "forma antigua" estaban delimitados los campos de acción de modo que ninguno se sobreponía a otro ni se confundía con él. El ámbito del robo y el del atraco no eran los ámbitos del asesinato o de la herida grave.

En la "forma nueva" el robo, el atraco y el asesinato se sobreponen o van juntos: te robo y te mato o, si tienes suerte, te hiero, por ejemplo, en los pies.

Un cambio radical y terrible para todos. **La violencia se ha vuelto más sangrienta**, más agresiva, más implacable. Los "nuevos" no tienen ya ningún control, ningún límite, ninguna emoción.

El delincuente "antiguo" cuidaba mucho las apariencias en el seno de su comunidad, aunque todos sabían su condición. El "medio" sólo las cuida entre sus compinches, colegas, o los miembros de su grupo, en el que un asesinato no significa gran cosa. El "nuevo" no las cuida en absoluto porque no le importa la comunidad y cada asesinato es un blasón en el grupo.

Todo esto depende mucho del control social. No estamos hablando del control policial o gubernamental, sino del control de la sociedad y la comunidad. Este control no sólo ha disminuido a lo largo del tiempo, desde los años cincuenta hasta hoy, sino que en la actualidad o ha desaparecido o se ha vuelto completamente ineficaz y deleznable.

Los "antiguos" estaban sometidos a un control social bastante fuerte y eficaz. Por control social entendemos ahora la opinión de la gente, la manera de tratar de la gente, las condiciones no expresadas pero presentes en las prácticas relacionales para no delatar, no negar el trato...etc.

La comunidad sabía que tal sujeto era un delincuente y conocía todas sus fechorías, pero, si cumplía ciertas condiciones, si, por ejemplo, no se gloriaba de sus delitos, no los ejecutaba en la comunidad, no escandalizaba a los niños, si protegía a la comunidad contra delincuentes externos, etc., o sea, si observaba ciertas normas y salvaba ciertas apariencias, lo aceptaba e incluso lo protegía. Si no cumplía las reglas, si no estaba bien con la comunidad, ésta poseía mecanismos para castigarlo eficazmente, ya fuera mediante la policía, ya fuera mediante los mismos vecinos. Por otra parte, persistían en ellos restos de una larga y tradicional cultura del respeto a los propios vecinos.

Por distintos motivos tales como el aumento numérico de los delincuentes en una comunidad, las nuevas armas mucho más difundidas y mucho más dañinas, la juventud del delincuente actual irreflexivo e instintivo, la total pérdida de todo rastro de respeto humano y la absoluta inutilidad de todas las policías para controlar el delito y lo peligroso que es recurrir a ellas, el control social ha desaparecido como fuerza real y operante.

El "antiguo" tenía cierta necesidad de ser aceptado; eso estaba en las entrañas de su formación infantil tanto en la familia como en el vecindario. **Al "nuevo" no le importa en absoluto si es aceptado o no.** La aceptación está sustituida por su capacidad brutal y directa de imponerse, de ejercer el poder total sobre cualquiera, la pura "gana". **El poder como instinto de muerte en estado puro.** Si para los "antiguos" el otro contaba por lo menos algo, para éstos, el otro está completamente anulado. Sólo se preocupan de sí mismos. **Son asesinos integrales.**

Ante esta nueva realidad a la comunidad, sin verdadera y eficaz protección policial, no le queda sino la vía terrible del linchamiento. En tiempos de los "antiguos" no se daban los linchamientos o eran muy raros y se producían sólo en momentos críticos, hoy son más frecuentes de lo se dice, se cree y se sabe.

Podría pensarse que estas terribles novedades son producto de la difusión de las drogas entre los más jóvenes. Es posible que la droga tenga influencia pero tanto los "antiguos" como los "medios" también se drogaban y el asesinato no había llegado a estos extremos.

El "antiguo" se mueve de comunidad en comunidad. Sale de la comunidad familiar y entra en la de los jóvenes coetáneos, la pandilla, o algo mayores, para pasar, cuando cae en la vida del delito plenamente, a un grupo de delincuentes que forman comunidad e incluso, lo típico, viven en una misma casa de vecindad y delinquen en grupo con cierta continuidad; por lo menos, mientras no los desarticula la policía.

El "mediano" se integra a un grupo de la calle y vive de manera trashumante. Se junta con otros para formar transitoriamente un grupo de tarea que se disuelve una vez terminada ésta. Es más libre, menos atado a compromisos pero delinque en grupo.

El "nuevo" no convive. Puede juntarse circunstancialmente en parejas o tríos, y poco más, pero fundamentalmente actúa por su cuenta aunque tenga "panas", especialmente cuando asesina. **El "nuevo" es sobre todo, un solitario.**

El "antiguo" se cuida de la policía; tiene que cuidarse de ella tanto cuando está sólo como cuando actúa en grupo. La imagen que se nos da de la policía no es la de un cuerpo que no persigue realmente al delincuente y entra en connivencia con él.

El "medio" negocia con la policía. Ya la policía es un cuerpo que se distingue de la banda delincuente por las formas y los procedimientos pero que comparte los mismos delitos y no persigue al delincuente para resguardar la seguridad de los ciudadanos sino por otras motivaciones.

El "nuevo" huye de la policía porque ni siquiera puede llegar a acuerdos con delitos con ella. A veces, incluso, la enfrenta. Es su competencia.

Así llega a producirse lo que podríamos llamar el proceso de autonomización de la violencia delincencial. Con esto quiero decir que la delincuencia, en tiempos de los "antiguos" no era autónoma de la sociedad, de la comunidad barrial, de la policía, de la opinión de los ciudadanos. Eso no impedía que el delincuente delinquiera pero para poder hacerlo tenía que observar ciertas formas, resguardarse, hacerlo en ciertos espacios y no en otros, en ciertos tiempos y no en otros, etc. Cuando para delinquir tenía que conservar ciertas maneras, estaba sometido a un determinado control. Era un cuerpo enfermo, peligroso, dañino, todo lo que se quiera, de la sociedad pero le pertenecía como le pertenecen los leprosos, los locos, los retrasados mentales. Para él, la sociedad había elaborado sus mecanismos de control, de aislamiento, de reclusión e incluso de reintegración. En esos espacios se desenvolvía la vida del delincuente cuidándose, acomodándose, aprovechando las fisuras y deficiencias, eludiendo o manipulando los controles, etc. De todos modos, no tenía manera de autonomizarse totalmente de ellos.

En estos momentos, en cambio, los "nuevos" se han autonomizado por completo. Ninguno de esos dispositivos ejerce presión alguna sobre ellos. Pero además, se trata de una autonomía de todo rastro de los valores de la cultura, de todos los significados del mundo-de-vida popular, de todo lo que se ha conceptualizado como "humano" en la tradición y de lo que en el "antiguo" siempre quedaban huellas. Esta autonomía del "nuevo" es además, un total desarraigo. No se sostiene sobre nada, ni sobre la familia, ni sobre la madre, ni sobre el amigo, ni sobre la tierra, ni sobre la naturaleza, ni sobre la dignidad, ni sobre la humanidad, **sólo sobre su propio mecanismo de acción.**

Cómo se forma un delincuente violento estructural

"Antiguos", "medios" y "nuevos" siguen una misma trayectoria.

Empiezan por tener desde la infancia una **relación débil con las figuras centrales de la familia**, especialmente la madre y, por ende, con el centro afectivo de la familia. Esto puede definirse como **deficit de pertenencia**. No se perciben como pertenecientes de lleno a su familia.

Simultáneamente, a lo largo de toda su infancia, muestran una conducta desadaptada y conflictiva tanto dentro de la familia, como en el vecindario y en la escuela.

Su mala conducta escolar es causa de su exclusión de los centros educativos en los que de todos modos pasan cortos períodos. De todos los centros los expulsan, hasta que abandonan muy temprano los estudios. Alfredo a los once años no ha terminado segundo grado. "Me pusieron también en un colegio; me botaron a la semana, porque me disparé de un guapo ahí, le di dos palos. Me botaron", nos dice José (Moreno et al., 170).

En el vecindario son percibidos como problemáticos: son autores de pequeños robos progresivamente más importantes, "martillean" a los vecinos, causan destrozos, etc.

Muy temprano se empiezan a desligar de la familia. Esto tiene distintas manifestaciones: unos pasan de la familia de origen a la familia de algún pariente, como la abuela, algún tío, de la que también se desligan pronto ya sea para regresar transitoriamente a la de origen, ya sea para pasar a la calle; otros, en cambio pasan de la familia a la calle directamente.

El alejamiento de la familia es progresivo. Primero, es de la familia a la calle dentro de la misma comunidad del barrio de modo que pasan unos días en la calle, regresan a la familia, vuelven a salir a la calle y así por un tiempo. Estar en la calle tiene sus pasos. Al principio es pasar en la calle la mayor parte del día, pero regresar a dormir en la familia; luego, es pasar noches también en la calle, durmiendo generalmente en algún vehículo dañado o abandonado, pero sin desligarse por completo de la casa. En esta etapa la calle predomina sobre la casa.

El siguiente paso es ya **durar largo tiempo fuera y lejos de la familia** integrado a alguna pandilla de coetáneos en cuyas casas cohabitan un tiempo o circunstancialmente.

Finalmente, viene el desprendimiento total de la familia ya sea permaneciendo en la comunidad, ya sea abandonándola también para entrar de lleno en algún grupo de delincuentes integrándose a un grupo establecido de antemano o agrupándose con otros que están en sus mismas condiciones y viven del robo.

Desde este momento, ya están de lleno incorporados a la formación de vida delincencial y está marcado el desenvolverse de su historia en ella.

El primer homicidio marca un paso decisivo. Parece que la primera experiencia de asesinar rompe barreras y abre todas las posibilidades para futuros homicidios. Diríamos con Bandura (1987: 415ss.) que se despierta la percepción de autoeficacia y se facilita la ejecución de la conducta criminal. Se superan todos los controles, todos los límites morales.

Los delincuentes violentos no estructurales o circunstanciales

Tenemos, sin embargo, aquellos que en un determinado momento de la vida se recuperan de la delincuencia, la abandonan y se reincorporan a la vida normal dentro de la sociedad popular. ¿Cuáles son sus rasgos distintivos?

Ante todo, **pasan la infancia protegidos dentro de la casa.** En ella hay una madre que de alguna manera cumple como tal. **Tienen mamá y casa; sentido de pertenencia.** Han tenido la experiencia de pertenecer a una fami-

lia y a un hogar. No sólo tener familia sino pertenecer. Han vivido un vínculo fuerte, no sólo con la madre sino también con hermanos. Hablan de los hermanos en plan de hermanos, no en plan de cómplices o de copartícipes en su sentido de víctimas como Juan Antonio.

Encontramos en ellos **un sentido religioso**, popular, pero con un concepto de Dios no como cómplice o complaciente sino como ayuda que no sustituye la responsabilidad de quien comete la acción. Una creencia en Dios que pudiéramos calificar de "adecuada" desde el punto de vista de la doctrina católica. No es un Dios alcahuete, que transige con el delito, como encontramos en otros, ni un Dios mago, al que atribuirle toda salvación material, sino un Dios que ayuda pero que exige la libertad, la responsabilidad, la decisión y el esfuerzo de quien confía en El.

Se desvinculan de la casa y de la madre en la adolescencia, no desde antes como sucede en los otros, pero lo evalúan negativamente y con sentimiento de culpa. Lo expresan con los términos populares de quien se acusa: "no le hacía caso", "me desaté". La manera de expresar el distanciamiento en los otros sujetos está en términos de indiferencia, incluso de logro, o por lo menos no en términos de culpa y arrepentimiento aunque de palabra esto puede aparecer para producir impresión en quien escucha.

Se desvinculan de la familia y la madre, pero ellas permanecen como de fondo. **Hay un presencia de la madre aunque esté ausente**, una presencia en experiencia vivida y seguridad de encuentro para cuando se quiera regresar a ella.

Hay además en estas historias **un padre que no es rechazante ni de influencia negativa**, aunque siempre sea de significación secundaria con respecto a la madre, más o menos tangencial. Se trata de un padre típico de familia matricentrada¹. Sin embargo, el padre intenta ocupar un espacio de guía, responsabilidad, protección y disciplina en la vida del hijo, aunque esté separado de la familia y haya constituido otra e incluso viva distante.

En la escuela se mantienen durante los primeros años, hasta la adolescencia. Terminan la primaria y hasta completan algunos cursos de secundaria. Abandonan los estudios cuando en la adolescencia se desvían hacia conductas delictivas. La educación tiene en ellos mucha importancia como sig-

1 Al respecto pueden consultarse los distintos textos de Moreno, A. sobre la familia venezolana tales como: *La familia popular venezolana*, *El aro y la trama*, *Historia-de-vida de Felicia Valera*, *Buscando padre* y la revista del CIP *Heterotopía*. Ver en Referencias Bibliográficas.

nificado. La recuerdan, la valoran e intentan reintegrarse al estudio, años después, o por lo menos lo consideran aunque decidan que ya no es el caso.

La educación temprana queda en ellos como un trasfondo de guía moral que resurge en el momento de la reflexión y la madurez.

En los otros, en cambio, se tiene la impresión de que todo intento educativo llega tarde y resulta ineficiente. En algunos momentos de su vida hay intentos de influir sobre ellos con consejos, con castigos al principio, con la idea de enseñarles un oficio, con esfuerzos por someterlos a un trabajo, a una disciplina. Estos remedios llegan cuando ya la orientación a la forma-de-vida delincencial está definida y no surten efecto. Todos, sin embargo, han tenido algún contacto con la escuela, con alguna institución educativa, con algún amigo de familia o con alguna influencia en el medio familiar de tipo regenerativo, pero lo importante es que nada de eso ha sido significativo para ellos. No ha significado.

La delincuencia no los define; parece más bien un accidente, aunque sea continuado, en sus vidas. Ni Alberto (Moreno et al., 2007: 712-752) ni Nelson (Idem, 753-796) se viven como delincuentes, como violentos, cosa que es evidente en todos los demás aunque no lo expresen en estos términos. Ellos no pertenecen a la delincuencia ni la delincuencia pertenece a sus vidas; **pasan por ella como se pasa por malos sucesos en la vida, pero no se quedan**. Por eso son recuperables. Donde hay familia, donde hay madre, y luego esposa, la inserción en la vida delictiva es pasajera aunque dure un tiempo.

No forman parte del acto delincencial; siempre lo describen como desde fuera, porque en realidad, ellos están como al margen del delito, no dentro.

La forma de su narración, dice su posición de fondo. Es una narración hecha desde fuera; se ubican siempre en una posición externa respecto al acto delictivo. Ellos no forman parte de esa forma-de-vida. Se meten en esa forma-de-vida, se inmiscuyen, se introducen momentáneamente, un momento que puede durar un tiempo más o menos largo, pero, si lo estudiamos en el conjunto de toda su historia-de-vida, **entran y salen, no son unos "pertenecientes" como los otros**.

En ellos nunca el delito ha sido sólo por el deseo de tener las cosas de los ricos, como en la mayoría de nuestros casos, sino que ha obedecido también a otras cosas: el grupo, la diversión, pero dentro de ciertos límites, la necesidad de defenderse, etc

Algo importante que los distingue de los demás miembros del grupo en estudio, es que **se echan la culpa de sus desviaciones a sí mismos** mientras los otros siempre encuentran un culpable. Asumen, pues, responsabilidad por sus actos.

Por otra parte, **su lenguaje es un lenguaje relacional** y en esto se distinguen también de los otros quienes usan un lenguaje centrado en su yo. Aquí

la expresión está centrada en la relación interpersonal como forma de vivir. Su historia es una relación presente que se narra. Se trata de sujetos impregnados del sentido del mundo-de-vida popular venezolano.

No se cierran en la referencia a su yo sino que ponen en primer plano a la familia, los sufrimientos de los demás, los familiares. **Este descentramiento es muy significativo** porque no lo encontramos en los otros delincuentes.

Tienen una manera distinta de ver a los atracados. Las víctimas no son unos "güevones" cualesquiera, unos bichos, unos tal y cual, unos "chigüires", unos "venaos", como vemos en los demás delincuentes; para ellos son seres humanos que hasta tienen derecho a tener y no debieran ser atracados. Son capaces de situarse en la posición del otro.

La relación con la familia tiene para ellos una importancia especial: es con sus miembros con los que se identifican, a los que se sienten pertenecer. Este enganche con el mundo bueno exterior, que les permite vivir en el mundo malo del delito y de la cárcel como quien a ellos no pertenece, es lo que les abre la posibilidad de regeneración y les libra de sumergirse de lleno en el mundo del delito. Este enganche les preserva una isla de salud en su interior.

No sólo empiezan a trabajar sino que aprenden a trabajar en serio y se sienten contentos de sí mismos por ello. **La satisfacción en el trabajo es buena señal de que éste puede ser su proyecto de vida futura.** A partir de esta experiencia satisfactoria, empieza el cambio en serio.

Su familia, para ellos, tiene fuerza; es más fuerte que el ambiente. Esto es importante porque lo que vemos en casi todos los demás es que la familia es más débil, de hecho, en significado y en vivencia, que el ambiente de compinches, de "panas" que los rodean.

En ellos reviven los significados del mundo-de-vida popular que estuvieron opacados un tiempo y dominados por los de la forma-de-vida delincuencial.

Nunca se presentan como protagonistas de hazañas ni de grupos ni de historias. En esto se distinguen plenamente de los demás sujetos de este estudio. Ni protagonistas ni centrados en sí mismos sino como incluidos en la corriente de la vida.

Para los que se regeneran, en el momento en que llegan a una edad ya adulta, se presenta en sus vidas **un factor clave que no aparece en las vidas de los otros: una mujer con la que establecen una determinada relación de pareja estable.** En la vida de los otros, las mujeres no desempeñan ningún papel importante, no significan más allá de satisfacer unos deseos o necesidades y de ser madres de algún hijo con el que no tienen ninguna relación de verdad. No influyen para nada en sus vidas.

La vida de nuestros dos sujetos "regenerados" coincide en esto, según la experiencia de los que vivimos en barrio, con la trayectoria de nuestros vecinos "malandros": los que han tenido una mujer en relación de pareja estable, que ha sido significativa afectivamente en su vida, han salido del delito y se han incorporado a la vida normal. En esto tiene que ver tanto el tipo de mujer como la capacidad de vinculación afectiva del sujeto.

Tiene que ser una mujer que ellos hayan conocido fuera del mundo de la delincuencia, una mujer no vinculada a ese mundo de ninguna manera y no dispuesta a entrar en él cediendo a las presiones de ellos que al principio quieren ser acompañados en sus fechorías o en su consumo de droga.

En esta relación de pareja, pero no fuera de ella, tienen gran importancia los hijos. Mujer e hijos forman un punto de anclaje a la vida común que resulta completamente eficaz en cuanto los lleva a retirarse a vivir con la mujer y el hijo como centros fundamentales de significado. A través de ellos y con ellos suelen recuperar una relación positiva con la madre y su familia de origen. Aquí, el trabajo de la mujer para mantenerlos retirados y en la casa es sutil, de mucho aguante y de mucha solidez afectiva y, al estilo popular, con rasgos maternos.

El violento tiene su comunidad y la comunidad tiene sus violentos

La conducta autista, autonomizada de la comunidad, propia del delincuente "nuevo" quien sabe que no vivirá más allá de los veinte o veinticinco años, constituye el extremo de esa reciente tendencia que anuncia una manera de delinquir fuera de todo posible control parecida de algún modo a la de los terroristas suicidas a quienes, puesto que no tienen temor a la muerte, ya ninguna amenaza o peligro puede detener.

En los casos extremos, y en momentos de auténtica desesperación, puede recurrirse al terrible expediente del linchamiento más frecuente de lo que se suele reconocer públicamente.

No está, sin embargo, todavía, tan generalizada esa conducta como para haber eliminado la forma en la que las comunidades locales se relacionan con los delincuentes violentos que residen en ellas y en las que discurre su vivir cotidiano.

En este sentido en estas circunstancias concretas de existencia el delincuente violento, el "malandro", tiene su comunidad y la comunidad tiene sus "malandros".

Es éste un tema en el que no se suelen detener los estudios y análisis sobre violencia en Venezuela. Se supone, como punto de partida, que el delincuente violento, el que ejerce su acción con consecuencias letales para las per-

sonas no puede sino ser rechazado por cualquier comunidad de personas no violentas que en ella desarrollan su vida.

Es el caso, sin embargo, que delincuentes violentos y personas normales comparten no sólo el mismo espacio físico de convivencia, exiguo y abarrotado en el que son obligados los encuentros cercanos por lo estrecho del callejón y lo angosto de la calle principal, sino también una trama común de relaciones sociales en la que se entrelazan las familiares, las de vecindad, las de paisanía, pues muchos provienen de los mismos lugares interioranos de origen, las de compadrazgo, las de amistad o las de simple pertenencia a un lugar, el barrio, delimitado por unas calles, una quebrada, una carretera, un nombre y un patrono del que se celebra la fiesta, recorrido por una línea de camionetas que todos aguardan en la parada y luego abordan, en las que se intercambian comentarios, noticias, bromas, discusiones y hasta peleas.

Una intrincada red, una madeja de movimientos, afectos, percepciones, encuentros, desencuentros, acercamientos y rechazos, solidaridades y conflictos, todo un mundo muy complejo de vivencias, constituyen la realidad humana total en la que el delincuente violento convive con otros de su misma calaña y con las personas comunes que se dedican a formas sanas de actividad.

El delincuente incide sobre la vida de esa comunidad cuya cotidianidad sería otra si él no estuviera y la comunidad sobre la vida del delincuente aunque si bien el modo y el impacto hayan ido cambiando a lo largo del tiempo.

De la investigación a la que me vengo refiriendo se sacan algunas pistas que marcan una vía de comprensión del enredo a primera vista indescifrable que parece constituir el mundo de las relaciones entre el delincuente violento y su comunidad local.

De la historia-de-vida de José, uno de nuestros sujetos podemos sacar una primera pista para acercarnos a esa necesaria comprensión.

¿Cómo actúa José y su grupo de delincuentes en su comunidad?

- ellos salían fuera del barrio a hacer sus fechorías,
- el grupo tenía un jefe, José, que controlaba a todos sus compinches, "muy psicópatas", según su expresión,
- recorrían el barrio "a compartir", a tomar cerveza, como "gente sana",
- ayudaban a "todo el que necesitara, que tuviera necesidad".
- el jefe, el delincuente mayor, se hacía responsable "de cualquier cosa que pasara mala
- ahí en el barrio",
- al que se desmandaba "lo llamaba a capítulo" y todos le hacían caso,

- así, en el barrio no se cometían robos ni se consumía droga delante de los niños,
- en todo caso, lo robado se devolvía y el jefe se encargaba de castigar, a golpes de
- culata de pistola, o de compensar con droga de la que era el jibaró principal,
- la razón de todo ese control es la seguridad que los delincuentes siempre necesitan en la comunidad, porque si cometen en ella delitos se ponen en peligro.
- Así, el delincuente mayor obtenía el respeto y el aprecio de "todo el mundo".

De esta manera el delincuente mayor –mayor por jefe y por edad– respetaba y hacía respetar fundamentales normas de convivencia no dictadas por nadie, implícitas en la práctica de la vida cotidiana en el barrio y necesarias para que la comunidad tuviera paz y el delincuente seguridad.

Se establece, pues, un pacto no declarado pero eficaz entre el "malandro" y sus convecinos: la comunidad no denuncia, permite su presencia como un habitante más con el que comparte, intercambia diversión y comunicación, encubre sus delitos que todo el mundo conoce bien, se aprovecha incluso de las mercancías por él robadas y él protege a la comunidad de todo acto de robo y violencia que pueda provenir de agentes externos y de los delincuentes jóvenes incontrolados internos.

Las relaciones entre "malandros" y comunidad resultan, así, no sólo pacíficas, sino cordiales, pero las exigencias implícitas sobre las que esa cordialidad reposa son al mismo tiempo eficaces controles, también implícitos, que la comunidad ejerce sobre los delincuentes que en ella habitan. Estamos hablando de un control no policial ni gubernamental sino estrictamente social: la opinión de la gente, las formas del trato, las condiciones para la permisividad, las prácticas relacionales de vecindad y convivencia, etc.

Dos necesidades entran en negociación: la necesidad de seguridad, consideración, respeto y refugio por parte del delincuente y la necesidad de paz y de seguridad, una seguridad que ninguna policía ha provisto nunca a los sectores populares, por parte de la comunidad del barrio.

Así, el "malandro" tiene su comunidad, aquella en la que vivir, y la comunidad sus "malandros" como puede tener su recogelatas, su borrachín empedernido, su loco callejero, su portugués o su cura.

Cuando el orden necesario para la convivencia humana en un barrio no lo impone el Estado porque ninguna de sus instituciones funciona adecuadamente y no sólo las que estarían implicadas en el problema de la delincuencia al que me estoy refiriendo, como las distintas agencias policiales, sino todas las que tienen que ver con los servicios más imprescindibles y básicos –uno nunca

sabe., por ejemplo, cuándo va a llegar el agua, a qué horas, a cuántos días de distancia, si será suficiente para llenar los tambores de depósito, si llegará a la parte alta o sólo a la baja, etc.– la comunidad tiene que arreglárselas.

Recurro ahora a un personaje sacado de la realidad cotidiana que vivo en mi barrio y que forma parte de un proyecto de investigación todavía en proceso.

Yovani (Moreno, 2009) tiene veintiocho años. Ha superado, pues, la edad crítica de los veinticinco y se encamina a ser un malandro “viejo”, un sobreviviente excepcional. Habla poco y con pocos, organiza con inteligencia y sobriedad pero es implacable y frío cuando las circunstancias se lo exigen. Se erige como el hombre fuerte de su barrio. Ha legado a ello eliminando a “punta de plomo”, esto es, a tiro limpio a siete u ocho competidores.

Domina todo el mercado de la droga y administra y dirige el delito y la violencia de sus compinches. Pudiera ser un jefe de banda que no se mete con sus vecinos pero que se mantiene como un cuerpo parasitario de la comunidad sin intervenir para nada ni positiva ni negativamente en ella. No es así. Se erige como una figura análoga a la del José que ya conocemos.

En primer lugar, las cosas en la comunidad funcionan bien y pacíficamente porque Yovani nunca se ha metido con nadie del lugar. Una vez despejado el panorama la gente está mejor, más tranquila, porque él con los suyos han sacado a todos los extraños y que en el barrio se refugiaban tomándolo como escondite cuando eran desplazados de otro sitio. Además no deja entrar a nadie. Vuelve a funcionar el pacto implícito.

Con los malandros se pueden hacer pactos en las tramas relacionales propias del mundo-de-vida popular venezolano. Y esos pactos son seguros mientras no lo son, en cambio, los que se hacen con la policía. Para los habitantes del barrio Yovani y los suyos son más confiables que la policía. Esta realidad, no la sola afirmación, será terrible pero es la que existe, la que experimentan los vecinos de las áreas populares. En el año 2007 la policía cometió 381 asesinatos; éstos llegaron a 509 el pasado año, habiendo aumentado en un 33,59% (Molina, 2009).

¿Qué puede hacer la gente de la comunidad que tiene que convivir con sus “malandros”? Son suyos. ¿Cómo no los va a tratar, cómo se los va a poner en contra, como no los va a tomar en consideración si, además de todo, la protegen mejor que los organismos del Estado?

Cuando la comunidad asume sus “malandros” y los toma en consideración, la comunicación fluyen y la seguridad funciona. Esto no impide que ellos sigan delinquiendo e incluso asesinando a sangre fría, pero eso a la comunidad local no la afecta directamente. Ellos por su parte se integran a las actividades del barrio, participan y colaboran en una red muy intrincada y hasta contradictoria de relaciones.

Todo esto nos está indicando a quienes nos preocupamos por comprender los acontecimientos sociales, que estamos ante un fenómeno cuyo estudio no podemos eludir. Entenderlo como simple tiranía del delincuente y ejercicio brutal de la violencia para someter por el miedo a los habitantes de un sector popular, si bien puede explicar casos reales pero aislados, es desatender la necesidad de orden, racionalidad, paz y seguridad que todo grupo humano exige para poder seguir viviendo, necesidad que de alguna manera tratará de satisfacer dentro de la legalidad institucional cuando funciona, pero fuera de ella cuando no cumple su cometido.

Esfuerzos por dar una respuesta a la situación de violencia

El gobierno venezolano durante los últimos diez años no ha tenido como prioridad la lucha contra la violencia asesina y el delito en general. Lo acaba de exponer sin rubor Edwin Rojas, Director de Prevención del Delito en el Ministerio de Interior y Justicia (Rojas, 2009): "otras políticas públicas eran prioridad". Ahora anuncia un "plan blindado" de seguridad. Pocos en Venezuela creerán que eso pueda ir más allá de una declaración para los medios de comunicación. Esa ausencia del gobierno ha llevado el número de venezolanos asesinados a 14.600 el pasado año. Es difícil de creer tamaña irresponsabilidad, pero ellos mismos lo afirman.

Contra la ausencia real del estado, la proliferación sin control de las armas de fuego facilitadas por los mismos agentes de los organismos oficiales de seguridad (González, 2008) los miembros de la policía y del ejército las venden o las alquilan por un porcentaje en los beneficios del acto delictivo), la difusión de la droga y la total impunidad (el noventa y dos por ciento de los asesinatos en Venezuela no son ni siquiera investigados), la venalidad de los jueces, la arbitrariedad reinante en las cárceles, "cementeros de hombre vivos", como los mismo reclusos las identifican y otras múltiples deficiencias que sería largo enumerar, la población no puede hacer nada pues hasta la más simple denuncia se convierte en sentencia de muerte para el denunciante.

Muchas instituciones, sin embargo, atienden en función sobre todo preventiva, especialmente a la infancia y la juventud.

La edad más peligrosamente expuesta a las seducciones de la violencia es la de aquellos varones, sobre todo, que ya han salido de la escuela y todavía no trabajan o porque la ley no se lo permite o porque simplemente no hay trabajo para ellos. Estos son los jóvenes que tienen entre 14 y 18 años. Para ellos la Iglesia, pero no sólo ella, ha creado amplias redes de centros de formación en los que se imparten cursos que preparan para desempeñarse en trabajos muy variados.

Un sector que requiere atención especial son los niños en situación de calle un fenómeno que presenta una gran variedad de situaciones y del que no se saben nunca las cifras con precisión. También aquí una gran variedad de instituciones, en su gran mayoría no gubernamentales han puesto en marcha programas muy creativos con poca o ninguna ayuda oficial.

Un grupo muy importante y del que sólo pueden ocuparse las personas de cada comunidad concreta y las instituciones que en ella están situadas es esa gran mayoría de niños y adolescentes que no han tenido experiencia personal con la violencia pero que la contemplan en su entorno cercano, reciben el modelaje de los delincuentes con los que se encuentran todos los días, conocen sus éxitos en prestigio, posesión de bienes y dinero, ejercicio de poder o consumo y que buena parte del día tienen que pasarla en la calle pues a la escuela sólo asisten por medio día y los adultos de su familia están ausentes por razones de trabajo o sencillamente procurando los medios indispensables para la vida. Para ellos no hay ningún tipo de atención por parte de los organismos oficiales pero instituciones particulares, de nuevo sobre todo la Iglesia cuando tiene presencia en la comunidad, desarrolla para ellos una gran variedad de acciones extraescolares que van desde promoción amplia del deporte hasta excusiones, lugares de reunión, encuentros, cursos y diversión en las horas nocturnas, fines de semana y vacaciones.

Hay algunos intentos por parte de iniciativas privadas, muy escasos y hasta ahora poco eficaces no obstante cierta publicidad al respecto, de ofrecer programas de recuperación para jóvenes que han caído en la delincuencia asésina, de los que el más conocido es el proyecto Alcatraz, promovido por un industrial del azúcar y el ron y al que el presidente de la república alguna vez se refirió con elogio. Las evaluaciones externas que conocemos no avalan los éxitos proclamados. Por otra parte su área de influencia es muy limitada.

El futuro no se presenta muy alentador para la paz en Venezuela. Lo previsible es un amento aun mayor de la violencia delincriminal a medida que pasa el tiempo siguiendo la línea de progresión creciente que se viene desarrollando desde los últimos años de la década de los noventa.

Referencias bibliográficas

- BANDURA, A. (1987) **Pensamiento y Acción**. Buenos Aires: Martínez Roca.
- BRICEÑO-LEÓN, R. et al. (1997) "La emergente cultura de la violencia en Caracas", **Revista de Economía y Ciencias Sociales**. UCV. Caracas.
- BRICEÑO-LEÓN, R.; PÉREZ PERDOMO, R. et al. (2000) "La Violencia en Venezuela un fenómeno capital". En: Banco Interamericano del Desarrollo, **Asalto al Desarrollo**, Washington.
- BRICEÑO-LEÓN, R. (compilador) (2001) **Violencia, sociedad y justicia en América Latina**. Buenos Aires: FLACSO.

- BRICEÑO-LEÓN, R. (2005) **Dos décadas de violencia en Venezuela**. En: Varios, "Violencia, criminalidad, terrorismo". Caracas: Fundación Venezuela Positiva.
- BRICEÑO-LEÓN, R.; AVILA, O. (editores) (2007) **Violencia en Venezuela**. Caracas: Lacso.
- BRICEÑO-LEÓN, R. et al. (2009) **Inseguridad y violencia en Venezuela – informe 2008**. Caracas: Lacso-Alfa.
- CISNEROS, A.; ZUBILLAGA, V. (1997) "La violencia desde la perspectiva de la víctima: la construcción social del miedo". **Espacio Abierto**, v. 6, Nº 1.
- DEL OLMO, R. (1997) "La pobreza, ingobernabilidad y violencia en Venezuela". **Revista Relación Criminológica**, Nº 12.
- EL NACIONAL (2009) "En Caracas hubo 37 muertes el fin de semana". **El Nacional**, 17-3-2009.
- ESPAÑA, P. (1993) "Introducción". En: UGALDE, L. et al., **La Violencia en Venezuela**. Caracas: Monte Ávila.
- ESPAÑA, L.P. (2005) "La pobreza, ingobernabilidad y violencia en Venezuela". **Revista Relación Criminológica**, nº 12.
- FERRÁNDIZ, F. (2005) "Venas abiertas: africanos y vikingos entre los jóvenes espiritistas venezolanos". En: FERRÁNDIZ, F., **Jóvenes sin Tregua**, 171-185, Barcelona, Anthropos.
- FERRAROTTI, F. (1981) **Storia e storie di vita**, Bari, La Terza.
- FERRER, L. (2008) "Violencia Ciudadana Naturalizada", **El Nacional**, 18 septiembre 2008, 15.
- GONZÁLEZ, D. (2009) "Mercal de balas (reportaje)". **El Nacional**, 7-9-2008.
- LA VOZ (2009) "20 muertes violentas en Caracas". **Diario La Voz**, 9-3-2009.
- MENDOZA, R. (2008), **Morir antes de los 18**, Tal Cual, 25-7-2008.
- MOLINA, T. (2009) "En 33,59% aumentaron asesinatos cometidos por policías en 2008", **El Nacional** 3-4-2009.
- MORENO, A. (1997a), "Desencuentro de mundos", **Heterotopía**, 2, 11-37, Caracas.
- MORENO, A. (1997 b) **La familia popular venezolana**. Caracas: Centro Gumilla-CIP.
- MORENO, A. (1998 a) "El pueblo venezolano acontecimiento y sentido". **Heterotopía**, 1/2, 7-25.
- MORENO, A. (1998 b), **Historia-de-vida de Felicia Valera**. Caracas, CONICIT.
- MORENO, A. (2002), **Buscando Padre**. Caracas-Valencia: UC-CIP.
- MORENO, A. et al. (2007) **Y salimos a matar gente**. Maracaibo: LUZ, CIP.
- MORENO, A. (2008 a), **¿Padre y Madre?** Caracas: CIP.
- MORENO, A. (2008 b), **El Aro y la Trama (5 º edic)**. Miami: Convivium press.
- MORENO, A. (2009) "El malandro y su comunidad: violencia en el barrio", En: Briceño-León, R., Avila, O., Camardiel, A. (editores), **Inseguridad y Violencia en Venezuela**, 274-292.
- MUROLO, D. (2009) "Se reportan 57 asesinatos hasta el martes en Caracas", **El Nacional**, 25-2-2009, 12.

- PEDRAZZINI, Y.; SÁNCHEZ, M. (1990) "Nuevas legitimidades y violencia urbana en Caracas", **Nueva Sociedad**, sept-oct.
- PEDRAZZINI, Y.; SÁNCHEZ, M. (1992) **Malandros, bandas y niños de la calle, cultura de urgencia en las metrópolis latinoamericanas**. Caracas: Vadell Hermanos.
- PÉREZ PERDOMO, R. et al. (1997) "Magnitud de la violencia delictiva en Venezuela". **Espacio Abierto**, vol. 8, N° 1.
- PONCE, M.G. (1993) **Drogas y Violencia en Venezuela**, En: UGALDE L., et al. "La Violencia en Venezuela", Caracas: Monte Avila.
- REYES, T. (2009) "Caracas la capital más violenta de América Latina", **El Universal**.
- RODRÍGUEZ, G. (2009 a) "Fin de semana de referendo", **El universal**, 17-2-2009.
- RODRÍGUEZ, G. (2009 b) "Reportan 18 asesinatos en Caracas", **El Universal**, 15-2-2009.
- RODRÍGUEZ, G. (2009 c) "Asesinada una persona por hora", **El Universal**, 3-3-2009.
- RODRÍGUEZ, G. (2009 d) "Aumentaron 31% los homicidios en el primer trimestre de 2009", **El Universal**, 2-4-2009.
- ROJAS, E. (2009) "Otras políticas públicas eran prioridad en los primeros años", **El Universal**, 29-3-2009.
- ROMERO SALAZAR, A. (2002) "Informatización y Privatización del control social: respuestas al miedo y a la violencia delictiva", **Sociologías**, N° 8, jul/dic., Porto Alegre.
- SANTOS ALVIS, T. (1997) "Repensando la violencia desde la criminología", **Espacio Abierto**, vol. 6, N° 1.
- UGALDE, L. (1993) "Presentación". En: UGALDE et al. **La Violencia en Venezuela**. Caracas: Monte Ávila.
- VETHENCOURT, J.L. (1962) "Psicología de la Violencia", **Gaceta APUCV**, Sept-dic.
- ZUBILLAGA, V., (2001) "Exclusión, masculinidad y respeto: algunas claves para entender la violencia en adolescentes en barrios", **Nueva Sociedad**, N° 173, 34-48.